

## PSICOANÁLISIS

# ABORDAR AL “OTRO” DESDE UN PROCESO ASOCIATIVO ANALÍTICAMENTE ALETARGADO

(Rev GPU 2016; 12; 1: 77-88)

Andrés Correa<sup>1</sup>

**En este artículo intento examinar aquellos momentos de la sesión analítica en que el proceso asociativo del analista se aparta de la experiencia del paciente. Planteo que generalmente estos momentos surgen dentro de un contexto vivencial apático que, previa y crecientemente, se desarrolla alrededor de la experiencia interactiva del analista. El desarrollo de esta vivencia de apatía alcanza su cima a través de la experiencia de aburrimiento, experiencia que creo está estrechamente vinculada a un tipo específico de proceso asociativo que se nutre, fundamentalmente, del contenido ruinoso que, vagamente, aparece dentro de la memoria flotante del analista. Planteo que considerar esta clase de contenidos ayuda a revitalizar el análisis de la intersubjetividad asociativa, especialmente cuando el movimiento de esta se interrumpe atascándose en alguno de los rodeos que se forman dentro del pensamiento asociativo del analista**

## INTRODUCCIÓN

**E**n términos generales el psicoanalista lo que hace en su práctica es reflexionar acerca del complejo universo intersubjetivo que, junto al paciente, crea y experimenta a lo largo de un tratamiento. Esta es una reflexión en la experiencia que, al estar mediada por el método de la asociación libre implícito en el de atención flotante, funciona con la lógica tangencial del pensamiento intuitivo que, en este caso, nace, consciente

o inconscientemente, a partir del cruce que se produce entre la percepción y la memoria del analista. Es decir, en la práctica, el analista piensa su percepción de la experiencia emocional del paciente a través del acto de recordar o, como diría Freud (1912), a través de sus “memorias inconscientes” que espontáneamente se despiertan mediante su percepción del paciente. Creo que Freud (1912) asume, epistemológicamente hablando, que el acto de percibir está siempre mediado por las involuntarias memorias que, súbitamente, vienen a la

<sup>1</sup> Psicoanalista, jacorreamo@gmail.com

mente de una persona cuando esta percibe<sup>2,3</sup>. Basándose en esta idea, Freud (1912) plantea que el analista, en su trabajo, debe entregarse por entero a observar estos contenidos que involuntariamente emergen de su memoria, para, desde estos, pensar acerca de la situación emocional del paciente. En la práctica estas emergencias arrastran dentro de sí contenidos que van desde lo más abstracto hasta lo más concreto de lo que permanece almacenado en su experiencia de vida, es decir, desde complejos fragmentos teóricos (vigentes u obsoletos) hasta simples e insignificantes episodios de su vida. Esta circunstancia hace que la percepción del analista hacia el paciente sea siempre idiosincrática. Si se utiliza la metáfora de la "ventana del tren" (Freud, 1913), se puede decir que la ventana del paciente a través del cual este describe el paisaje que ve desde su asiento, levemente se empaña con el vapor que mana desde las memorias inconscientes que, instantáneamente, vienen a la mente del analista cuando este percibe el paisaje que dice ver el paciente. De acuerdo con esta idea se podría pensar entonces que los campos, casas y colinas que el paciente dice ver desde su ventana se tiñen con los recuerdos personales de otros campos, casas y colinas que el analista, simultáneamente, evoca dentro de sí mismo.

Estas personales evocaciones del analista parecen, entre sí, formar una especie de velo onírico que, anteponiéndose a su mirada, hace que su reflexión acerca

de la situación emocional del paciente tome la forma de una ensoñación. Ahora bien, esta ensoñación, más que una ensoñación corriente, es una meditativa<sup>4</sup>, ya que, a diferencia de la corriente, la ensoñación psicoanalítica busca remover la superficial candidez con que habitualmente se reviste su materia para penetrar en la profundidad que, supuestamente, duerme en el contenido de ella.

Pienso que esta "ensoñación meditativa" siempre se desarrolla desde un afecto, es decir, desde un estado vivencial que se mueve a lo largo de una paleta cromática infinitamente variable. Esta condición hace que la ensoñación del analista sea siempre una actividad difícil de sistematizar, más aún si se tiene en cuenta que el estado afectivo de una persona que está en íntima interacción con otra es un estado que está en constante movimiento. Esta movilidad y variabilidad afectiva hace que la forma, contenido y curso que asume la ensoñación meditativa del analista sea también altamente variable, no solo a lo largo de un tratamiento, sino también, dentro de una misma sesión.

Con la intención de establecer algunas diferencias entre una ensoñación y otra, sugiero, simplificando excesivamente las cosas, dividir la diversidad cromática que habitualmente exhibe la paleta emocional del analista en cuatro franjas vivenciales: la empatía, la simpatía, la antipatía y la apatía. Destaco estas cuatro vivencias porque pienso que estas son vivencias propiamente intersubjetivas, en el sentido de que su significado se posiciona preferentemente entre dos sujetos y no entre un sujeto y un objeto o en un sujeto en relación consigo mismo. Teniendo en mente esta artificiosa clasificación, digo entonces que el proceso de ensoñación del analista asume estructuras configurativas distintas dependiendo de si esta se produce en estado de empatía, de simpatía, de antipatía o de apatía hacia el paciente. Si bien es cierto que la empatía<sup>5</sup>, metodo-

<sup>2</sup> A través de esta idea creo que Freud (1912) sigue, aunque sin declararlo, a Henri Bergson (1896), quien dice: "La memoria... en tanto recubre con un manto de recuerdos un fondo de percepción inmediata... constituye el principal aporte de la conciencia individual a la percepción, el costado subjetivo de nuestro conocimiento de las cosas..." (p. 52).

<sup>3</sup> Considero interesante mencionar aquí la reflexión que Heidegger (1944) hace acerca del concepto de memoria a través de su examen del poema de Hölderlin llamado "Andenken". A partir de este poema Heidegger (1944) elabora, al percatarse de la estrecha conexión lingüística que existe entre la palabra *denke* (pensar) y *andenken* (memoria), una alternante interpretación del concepto *andenken*, palabra que es inmediatamente significada como recuerdo o remembranza, pero que después de dividirla en la preposición *an* y el verbo *denken*, esta pasa a entenderse como un "pensar en" o más específicamente como un pensar que rememora. Considero que este novedoso significado que Heidegger (1944) le da al concepto de memoria se vincula estrechamente con la idea que Freud (1912) tiene acerca del poder psicoanalíticamente cognoscible que él le confiere al uso de las "memorias inconscientes".

<sup>4</sup> Este concepto se desprende de la noción epistemológica que Gastón Bachelard (1960) en su texto el "Cogito del soñador" desarrolla acerca del fenómeno de la ensoñación. Una de las ideas centrales en torno de la cual gira este texto aparece resumida en la siguiente frase: "la ensoñación es una actividad onírica en la que subsiste un resplandor de conciencia" (p. 226), es decir, es un sueño que, a diferencia del sueño nocturno, se presenta con *cogito*.

<sup>5</sup> Con esta idea de empatía me estoy específicamente refiriendo al concepto de "introspección - empática" con que H. Kohut (1959) define la manera cómo, según él, debiese funcionar el método investigativo dentro del tratamiento psicoanalítico.

lógicamente hablando, representa la posición afectiva ideal para ensoñar la experiencia del paciente, creo que el proceso de ensoñación del analista, espontáneamente, tenderá a rotar a través de estas cuatro franjas vivenciales, instalándose preferentemente en alguna de ellas cuando está frente a un paciente determinado.

## LA ENSOÑACIÓN COMO UN ESTADO VIVENCIAL

Pienso que estos estados vivenciales de empatía, simpatía, antipatía y apatía encierran en sí mismos espacios de ensoñación que poseen forma, contenido y curso específico. Por tanto, pienso que el analista, inconscientemente, a través de su vivencia hacia el paciente siempre se relaciona con él estando dentro de un específico espacio de ensoñación. Por ejemplo, pienso que si su vivencia hacia el paciente es de simpatía o de antipatía, su ensoñación tenderá a encerrarse dentro de un espacio de “memorias inconscientes” cuya forma se encuentra altamente determinada por la presencia de contenidos que tenderán a coincidir (en el caso de la simpatía) o a rivalizar (en el caso de la antipatía) con el del paciente. Por el contrario, si la vivencia del analista es de apatía, pienso que su ensoñación se desarrollará dentro de un espacio de memorias inconscientes con una configuración formal vaga e indeterminada que aparentemente lo apartan del mundo de significados emocionales en que parece sostenerse la experiencia asociativa del paciente. Dicho en otras palabras, creo que la vivencia de simpatía del analista tiende a asociarse a una ensoñación de plena concordancia con la vivencia del paciente, la de antipatía a una de conflictiva complementariedad y la de apatía a una de creciente a-sintonía hacia esta.

En este contexto pienso que la empatía analítica, a diferencia de las otras tres vivencias, es una vivencia que emerge como consecuencia de una equilibrada desaceleración de la fuerza gravitacional que tiene el mundo de significados (teóricos, valóricos, etc.) del analista sobre el del paciente. Esta equilibrada desaceleración permite que el analista, adoptando una actitud “teóricamente flotante” (Correa, A., 2008, 2009), funcione como un sujeto capaz de observar con sosegada profundidad tanto las pequeñas diferencias como las pequeñas identidades que, respectivamente, se forman entremedio de las concordancias y discordancias asociativas que produce su vivencia al relacionarse con la del paciente. De este modo, digo que la vivencia de empatía del analista hacia el paciente tiende, generalmente, a presentar una ensoñación que, acompañándose con el trabajo asociativo del paciente, es capaz de incluir dentro de sí tanto las concordancias como las

discordancias que se producen entre ambos procesos asociativos. Por el contrario, la vivencia de simpatía como la de antipatía, que a veces sostenidamente un analista experimenta hacia el paciente, surge como efecto de la alta intensidad gravitacional que a veces tiene su mundo de significados sobre la experiencia del paciente. Esta alta intensidad gravitacional provoca una aceleración en el proceso asociativo del analista, silencioso y placentero en el caso de la simpatía, estridente y displacentero en el de la antipatía. En ambos casos esta aceleración hace que la función resonante de la ensoñación analítica corra a una velocidad cercana a la de la acción confinando el trabajo meditativo de esta a quedarse en un nivel exclusivamente visceral donde los elementos asociativos discordantes (en el caso de la simpatía) o concordantes (en el caso de la antipatía) se comprimen a tal punto que fácilmente tienden a desaparecer del campo visual del analista.

Naturalmente, en su interacción con el paciente, el analista tiende, de tanto en tanto, a perder su capacidad para mantener debidamente regulada la fuerza gravitacional que, su mundo de significados, ejerce en el mundo del paciente, haciendo que esta se intensifique en el caso de la simpatía y de la antipatía o se debilite en el caso de la apatía. En lo que sigue intentaré describir y analizar lo que sucede en este segundo caso. Partiendo del supuesto de que la vivencia de apatía encierra dentro de sí un específico espacio de ensoñación que posee una particular utilidad psicoanalítica, trataré de destacar el potencial poder asociativo que parece existir detrás de ese, aparentemente, apartado e indeterminado fluido de memorias inconscientes que vagamente se desliza dentro de la mente del analista cuando este se encuentra, en su práctica, sumido dentro de este estado vivencial.

## ENTRE LA IDENTIFICACIÓN Y LA DISOCIACIÓN

Creo que el ser humano en general, cuando dialoga con otro, impulsado por su necesidad de comprender, tiende automáticamente a utilizar un radar a través del cual él, inconscientemente, intenta orientarse, registrando y reconociendo la experiencia del otro a partir de la suya. Este radar es un sistema de conocimientos que, emergiendo como una extensión de su propia historia de vida (conocimiento experiencial y teórico), se prolonga hacia la experiencia del otro para interpretarla según su manera de ver las cosas. El que solo parte de la experiencia del otro entre dentro de la órbita de este radar se debe a que la amplitud de esta órbita la fija su particular radiación de significados que, a través de este radar, se abre, como un abanico de luces, en dirección

hacia la experiencia del otro, iluminando específicamente aquella parte que, vía identificación, puede ser reconocida por este. El analista, en su función de tal, tiene que tratar de ampliar la estrecha órbita que, su humana necesidad de identificar la experiencia del otro a través de la suya, determina su particular radar de significación. Para alcanzar este objetivo desarrolla, a través de su práctica, una actitud de atención flotante, la específica propiedad metodológica que lleva a que su ensoñación trabaje a través de una actitud de autoconciencia en permanente dilatación haciendo que el usual campo de los datos conscientemente atendibles y, por tanto, analizables, sea necesariamente más amplio.

A través de esta dilatación de la conciencia pienso que el analista intenta ampliar los límites con que su natural principio epistemológico de identidad encierra el desarrollo de su pensamiento asociativo consciente dentro de su estrecho círculo de posibilidades, haciendo que los procesos asociativos que tienden a disociarse (desviarse) de los procesos del paciente pasen también a ser percibidos como parte importante de su método investigativo (Correa, A., 2014). Con este planteamiento pretendo precisar entonces que el método de la asociación libre, en el que Freud (1912) hace descansar el de la atención flotante, es un método de conocimiento intersubjetivo que invita al analista a dejar que su experiencia de ensoñación meditativa se mueva libremente entre un polo de identificación asociativa y otro de disociación asociativa con los que, alternada y respectivamente, se reconoce y desconoce en la experiencia del paciente. Planteo que la experiencia de ensoñación del analista tiende espontáneamente a moverse hacia el polo disociativo de este método cuando el analista no logra identificarse ni, por tanto, reconocerse en la experiencia del paciente. En esta situación, pareciera que la ensoñación del analista empieza, en estado de disociación, a pasearse despistadamente por entremedio de caminos asociativos que, alejándose del aquí y ahora de la sesión, lo dirigen hacia un "allá y entonces" que aparentemente no tiene relevancia psicoanalítica. Pienso que estos caminos asociativos por los que la mente del analista vaga distraída e ingenuamente pueden entenderse como caminos alternativos que, al transitárselos detenidamente, ayudan al analista a ampliar su conocimiento acerca de la experiencia emocional del paciente. Sostengo que el contexto experiencial, desde y dentro del cual, inocentemente se fija el itinerario de estos caminos es el de la apatía analítica, es decir, esos momentos en que el analista parece desprenderse de su necesidad de comprender emocionalmente al paciente. Antes de seguir analizando conceptualmente este asunto trataré de ilustrar esta situación a través

de una breve descripción de lo que me sucedió al comienzo de una sesión vivida hace unos años con una paciente en análisis.

### "EL BALDE DE AGUA FRÍA"

La paciente, al llegar y tenderse en el diván, comenta: "no sé mucho qué decir hoy día". Pasado un rato, como queriendo agarrarse de algo para partir, pregunta: "¿de que estábamos hablando la sesión pasada?"; le digo: "Parece que hoy te sientes desconectada". Ella dice: "puede ser". Después de una pausa de silencio, comenta que hoy en la mañana se despertó con un sueño pero que no recuerda casi nada sobre él, dice; "lo único que recuerdo era que había algo en el sueño que estaba relacionado a ese accidente que hubo en la semana, donde un bus se desbarrancó y murieron como 15 personas...". Nos mantuvimos un rato asociando en torno a esta noticia que ella relaciona con su sueño. Si bien estuvimos hablando del tema de la muerte y de cómo este había estado anteriormente presente dentro de los estados depresivos que, de tanto en tanto, ella había sufrido en el pasado, yo sentía que no lográbamos hablar de algo distinto de lo que ya, en otras sesiones, habíamos hablado acerca de este asunto. De repente ella, cambiando de tema, me empieza a hablar de algo que le había pasado con una compañera de trabajo el día anterior, pero mientras me hablaba acerca de este episodio yo, sin darme cuenta, me puse a pensar en un mensaje que, un par de horas antes de que llegase la paciente, me dejó un amigo en la grabadora para invitarme a formar parte de un equipo de *football* que él estaba armando con otros amigos nuestros. Esta invitación había despertado en mí un pequeño dilema, no sabía qué contestarle, me daban ganas de decirle que sí, pero al mismo tiempo sentía que tenía que decirle que no, ya que el campeonato partía dentro de una dos semanas, mal momento para desvincularme del otro equipo en el que ya estaba inscrito. Sentía que salir de esta manera no era lo correcto. En fin, mientras privadamente me daba vueltas en torno de este asunto, repentinamente la paciente, con tono de protesta, me dice: "Ya po', no me digai claro, claro, si quizás no tengo razón en lo que te ¡estoy diciendo!". Cuando me dice esto siento como que súbitamente me hubieran despertado de un sueño para, de golpe, instalarme nuevamente en la sesión, específicamente en medio de una parte de esta de la que yo hace un rato ya me había "ido". Por la reacción de la paciente tomo conciencia que durante ese lapso de tiempo mi vivencia reflexiva disociándose de mi conducta, se mantuvo fuera de la sesión pensando en detalles personales que aparentemente no tenían

conexión alguna con lo que estaba ocurriendo en la interacción con el paciente. Al percatarme de esta situación siento una incómoda sensación de vergüenza.

## LA CONCIENCIA, UN OBJETO MOVEDIZO

Muchas veces esta clase de disociaciones asociativas que experimenta el analista no alcanzan a ser conscientemente percibidas por el paciente, ya que, la conducta interactiva del analista sigue transitoria y rutinariamente funcionando bajo el mando de un “piloto automático” que pareciera simular muy bien su presencia en la sesión. Pareciera que esta inadvertencia por parte del paciente le permite al analista entregarse libre y secretamente a su disociación sin que ello tenga necesariamente un impacto en el diálogo analítico explícito. Sin embargo, el hecho de que esta disociación del analista no tenga un impacto en el diálogo explícito no quita que lo tenga dentro del diálogo implícito de la relación, razón necesaria para que el analista tenga que prestarle atención analítica<sup>6</sup>.

Tiendo a entender estas disociaciones del analista como partes naturales de su proceso asociativo, ya que, ellas inevitablemente responden al hecho de que él está siempre interactuando y examinando al paciente desde su propio espacio referencial, es decir, desde un contenido asociativo (imágenes, citas y narrativas) subjetivo y, por ende, distinto del que, al mismo tiempo, desarrolla el paciente. Si bien, en algunos casos la distancia referencial entre paciente y analista parece no existir, siempre hay espacios donde las idiosincráticas referencias asociativas de ambos se apartan. El sentido común nos hace creer que si desde el inicio del tratamiento esta distancia puede evitarse, la adherencia entre paciente y analista será inmediata y, por tanto, el tratamiento será un éxito. Pienso que posiblemente pueda darse lo primero pero no necesariamente lo segundo. Muchas veces, cuando un conocido nos pide una recomendación de analista, creo que, dejándonos llevar por esta idea, inmediatamente tendemos a buscar, dentro del grupo de colegas, a alguien que tenga una posición referencial similar a la del conocido, por

ejemplo, a alguien que tenga características socioculturales y valóricas semejantes a las de este. Pienso que en estos casos ocupamos como criterio de elección la posibilidad de que entre ambos se desarrolle una relación de simpatía. Creo que utilizar este elemento vivencial como criterio de elección lleva implícito el riesgo de que la experiencia reflexiva del analista nunca tienda ir hacia el polo asociativo donde sus memorias inconscientes se disocian (alejan) de la experiencia del paciente, es decir, hacia aquella zona de su conciencia que difusamente gira por fuera del objeto de su atención. Desde el punto de vista del conocimiento intersubjetivo, pienso que esta específica zona de la conciencia del analista indirectamente habla de la parte extraña de la experiencia intersubjetiva que, instalándose al margen de la relación, vive sin ser considerada y, por tanto, sin ser conocida por la pareja analítica. Conforme con esta tesis, planteo entonces que, independientemente de que estos espacios de diferencia referencial sean minúsculos o mayúsculos, el analista deberá tratar de estar siempre atento a la presencia de ellos. En consecuencia, creo que usar la simpatía como criterio electivo de la pareja analítica inhibe la posibilidad de que el analista, mediante el uso de los contenidos difusos de su conciencia flotante, pueda armar un tejido narrativo dentro de esta parte que, especialmente en una interacción de simpatía, silenciosa y ambiguamente fluye por el borde de su relación con el paciente.

Pienso que estos contenidos que fluyen a través de esta zona de la conciencia tienen, entre otras características, la particularidad de ser altamente idiosincráticos. Por tanto, creo que si el analista desea tomar contacto con la dimensión intersubjetivamente extraña de la relación analítica, tendrá que prestarle mayor atención a esas referencias asociativas que, dentro de la periférica corriente de su conciencia, muestran mayor individualidad idiosincrática. Prestarle atención a esta clase de contenidos lleva, inicialmente, a que el analista se aparte del polo de identificación asociativa al que habitualmente, por sentido común, tiende a adherirse su atención analítica. Pienso que su natural necesidad de orientarse dentro de la sesión es el móvil que activa en él el desarrollo de este tipo de adherencia atencional, adherencia que automáticamente lo induce a propender identificar los elementos desconocidos del otro a través de los elementos conocidos que surgen desde sus memorias inconscientes (Correa, A. *et al.*, 2014)<sup>7</sup>. A

<sup>6</sup> Cuando hablo de atención analítica, hablo de la actitud asocio-interpretativa que el analista metodológicamente asume en relación con los distintos elementos que atraviesan por su mente. En este sentido, digo que el analista, a través de este tipo de atención, percibe los contenidos de su mente como pedazos de un sueño que él, espontáneamente construyendo en torno a la interacción analítica, tiene que traducir.

<sup>7</sup> En un artículo llamado “Lo disociado; una leve vibración en el borde de la experiencia” (Correa A. *et al.*, 2014) planteamos que la dirección que sigue esta adherencia atencional

través de su memoria, el analista, como un cartógrafo empieza a dibujar, desde el inicio de la relación con el paciente, un mapa de la geografía experiencial de este, pintando, con recuerdos e impresiones personales, los signos (imágenes, palabras, sonidos, gestos, etc.) que, voluntaria e involuntariamente, se desprenden de la conducta de este. Aquellos signos que puedan ser inmediatamente pintados pasarán a constituir el objeto de su atención analítica mientras que aquellos que no puedan serlo tenderán a correr en dirección hacia la frontera preconsciente que rodea a esta.

Con el uso del método de la atención flotante justamente lo que se busca es contrarrestar el poder directivo que naturalmente ejerce esta necesidad de orientación dentro de la actividad atencional del analista. Este método, al llamar al analista a prestarle igual atención a cada uno de los datos que atraviesan por su mente, permite que aquellos signos no reconocidos pasen, al menos por un rato, a formar parte de su atención consciente. En la medida en que la fuerza de esta necesidad de orientación se mantenga debilitada el objeto de la atención analítica podrá funcionar como un objeto movedizo e inestable que permanentemente corre a lo largo y ancho de la mente del analista, yendo desde el centro a la periferia y desde la periferia al centro de la conciencia de este. Esta condición metodológica posibilita que aquellas eventuales y fortuitas disociaciones asociativas que se deslizan por la conciencia del analista apartándose de su proceso de identificación con el paciente puedan ser detenidamente examinadas. Si se imagina a la atención analítica como si fuese una cámara cinematográfica, se podría decir entonces que esta condición metodológica coincide con la definición epistemológica que, según Vásquez Roca (2008)<sup>8</sup>, el cineasta Raúl Ruiz desarrolla acerca de la conciencia; dice: "la conciencia es un objeto... que construye la realidad con retazos de recuerdos distorsionados, datos perdidos, sueños inconclusos..." (p. 5). Conforme con esta visión, Ruiz (2005) propone, dentro de su trabajo cinematográfico, "dinamizar el segundo plano... volviendo estático el primero... de modo que el segundo... parezca más importante que el primero" (en Correa, A.,

2014, p. 107-108). Ruiz (2005), a través de este ejercicio cinematográfico, hace que la cámara después de estar un rato focalizada en una escena cualquiera, por ejemplo en una donde aparece una pareja discutiendo, repentinamente gire hacia un costado para fijarse en un objeto intrascendente, por ejemplo en un jarrón que se halla en una esquina de la habitación donde se encuentra la pareja discutiendo. Mediante este ejercicio Ruiz (2005) lleva al espectador a focalizar su atención en dicho jarrón mientras al mismo tiempo deja de fondo el sonido de la pareja discutiendo, fondo que paulatinamente pierde intensidad tras la presencia del jarrón que lentamente gana poder de atracción dentro de la escena. Este deliberado ejercicio cinematográfico creo que representa muy bien el natural movimiento que presenta la conciencia del analista cuando está en sesión, específicamente ese movimiento disociativo que intento mostrar a través del fragmento de sesión anteriormente reseñado.

## EL VALOR EPISTEMOLÓGICO DE LO DISOCIADO

Como dije anteriormente, pienso que estas accidentales disociaciones en las que repentinamente cae el proceso asociativo del analista pueden entenderse como marcadores que señalan la existencia de extrañas dimensiones interactivas que aún no han sido significadas o, mejor dicho, narradas dentro de la relación analítica. En este sentido, planteo que estas disociaciones del analista, más que discontinuidades asociativas son continuidades asociativamente indeterminadas cuyos contenidos, a primera vista, ofrecen un beneficio referencial nulo, pero que después de una segunda mirada parecen, en sí mismas, representar otras alternativas referenciales cuyo uso permite abrir nuevas vías a través de las cuales se puede conectar con, al menos, parte de estas desconocidas dimensiones interactivas que supuestamente también se desarrollan dentro de la relación analítica. Pienso que estos contenidos asociativamente indeterminados son un conjunto de simples "restos diurnos" que borrosamente se van amontonando a un costado de la conciencia del analista cuando este está interactuando con su paciente, es decir, meros e indiferentes pensamientos que, cuando está con el paciente, vienen a su conciencia, débil y desordenadamente, desde su memoria reciente o remota. A diferencia de lo que Freud (1900), en el contexto de su análisis de los sueños, señala acerca de los restos diurnos, pienso que estos no son un material barato al que la mente del analista recurre para simplemente rellenar los espacios vacíos que se abren dentro de su proceso asociativo, sino que, aislados eslabones asociativos altamente

---

también pareciera responder a la presión inconsciente que dinámicamente ejercen, dentro de la interacción analítica, las necesidades narcisistas del analista.

<sup>8</sup> Adolfo Vásquez Roca es doctor en filosofía de la Universidad Católica de Valparaíso, docente y académico de la Universidad Andrés Bello y director de la revista *Observaciones filosóficas*. Sus áreas de especialización filosófica se desarrollan en torno a la antropología y la estética.

idiosincráticos que parecen hacer referencia a importantes momentos de la interacción analítica que no han sido conscientemente registrados ni elaborados por el analista. Conforme a la concepción cinematográfica que utiliza Ruiz (1995), digo que estos restos asociativos representan pequeñas ventanas por las cuáles la atención del analista puede escaparse a mirar otras películas que se encuentran oscuramente fragmentadas y comprimidas dentro de la película que habitualmente él ve en el paciente.

A mi juicio, estas “escapadas” abundan en los momentos de la sesión en que el analista experimenta apatía hacia el paciente, situación que provoca en él la sensación de que estas escapadas solo representan interrupciones en el desarrollo de su comportamiento empático que deben ser inmediatamente enmendadas. Pienso que esta situación hace que el analista, prontamente, desatienda el contenido asociativo que exhiben estas escapadas. Desde el punto de vista intersubjetivo, planteo que esta omisión representa un descuido analítico lamentable. Digo lamentable, porque pienso que la apatía, si bien representa una interrupción de la actitud de empatía que el analista busca sostener con el paciente, es una vivencia que tiene un efecto dispersivo dentro de su ensoñación meditativa que hace que la línea temática de esta involuntariamente se abra a seguir otras direcciones que, si se siguen atentamente, le permitirán a este experimentar una conexión con otras facetas de la relación analítica.

En el fragmento de sesión anteriormente descrito recuerdo que, una vez que me doy cuenta de que mi conducta estuvo en sesión funcionando automáticamente fuera del campo de mi conciencia, siento una incómoda sensación de vergüenza de la que inmediatamente intento desembarazarme tratando de borrar rápidamente la huella que había dejado en mí el doméstico proceso asociativo que me mantuvo por algunos minutos ocupado. Pienso que el analista, en este punto, desafiando el sentido común que urgentemente lo llama a desatender y a rectificar una distracción como esta, debe, mediante un breve autoanálisis, intentar darle un uso productivo al contenido que aparece inscrito dentro de esta huella. Creo que al momento de analizar esta huella el analista debe primero tratar de recordar el eslabón donde su cadena ideo-asociativa se desvinculó de lo que estaba pasando en el aquí-ahora de la relación con el paciente. Pienso que este eslabón ofrece un punto de conexión que, si bien es débil, es el único punto de conexión que le permite al analista re-vincular su apático proceso de ensoñación con el eje temático del cual originalmente se descarriló. En el caso descrito, el débil punto de

conexión entre mi extravío asociativo y la experiencia del paciente se encuentra en aquel momento de la sesión en que la paciente empieza a hablarme de un problema que ella había tenido con una compañera de trabajo. En ese preciso momento mi cadena asociativa repentinamente se desprende de la que la paciente estaba lentamente eslabonando. ¿Por qué mi cadena se descuelga de la de la paciente específicamente en ese punto? Pienso que la respuesta a esta pregunta no se alcanza únicamente revisando solo este punto de la sesión, ya que, si se observa bien la reseña clínica se puede ver que este punto solo marca el momento en que mi desconexión, parcialmente presente antes de que este apareciera, se consuma. El contexto vivencial en el que se circunscribe el desarrollo de mi paulatino desprendimiento asociativo es de una creciente apatía que yo, desde hace un rato, venía sintiendo hacia la paciente. Como sostengo en el relato inicial de la viñeta, ya antes de mi desconexión yo había estado sintiendo “que no lográbamos hablar de algo distinto de lo que ya, en otras sesiones, habíamos hablado acerca del asunto de la muerte”, asunto que aparece vinculado al borroso recuerdo del sueño que ella comunica. Durante ese lapso de sesión yo me mantuve luchando por lograr que mi proceso de asociación libre se mantuviera adherido a la experiencia de la paciente, contrarrestando la tendencia de éste a seguir una dirección distinta a la temática que, en ese momento, estaba trayendo ella. Pienso que, en este momento, el analista debe dejar que su natural proceso asociativo siga libremente su curso, ya que creo que este, cuando se encuentra intersubjetivamente inmovilizado, tiende necesariamente a des-intersubjetivarse como una manera de recuperar su movilidad. Creo que a través de esta des-intersubjetivación<sup>9</sup> el proceso asociativo del analista se abre paso a través de otros caminos que, si bien lo alejan del presente objeto de análisis, pueden acercarlo a otro que, quizás, puede ser de utilidad para articular otra clase de reflexión intersubjetiva que eventualmente lo ayudará a traer de vuelta la movilidad intersubjetivamente asociativa dentro del aquí-ahora de la relación analítica.

Esta inmovilidad intersubjetiva en la que parece estancarse el proceso asociativo del analista creo que se produce, entre otras razones, cuando el objeto de análisis intersubjetivo cae fuera de la órbita de luz que, alrededor de este, forma la resonancia onírica del analista.

<sup>9</sup> Con este concepto describo las interrupciones que a veces se producen dentro del flujo asociativo entre analista y paciente.

En estos casos su resonancia onírica, al perder contacto con este objeto, se empantana dentro de un estado de aburrido ensimismamiento que deja a la mente del analista soporíferamente flotando entremedio de recuerdos e impresiones banales que aparentemente no tienen relación con la situación emocional que en ese momento vive el paciente. Desde el punto de vista del trabajo asociativo, planteo que este aburrido ensimismamiento del analista expresa el momento en que el peso de su apatía analítica parece caer completamente sobre su vivencia, hundiéndola dentro de un sueño que lo desconecta enteramente de su conducta interactiva. Pienso que este momento, más que un corte intersubjetivo, representa una continuidad intersubjetiva altamente borrosa cuyo proceso asociativo continúa tediosamente desarrollándose desde la débil nube que forman entre sí los fragmentarios e insignificantes pensamientos que, previa y distantemente, estaban circundando el objeto de su análisis intersubjetivo (Correa, A., 2014). Conforme a esta idea, planteo entonces que esta des-intersubjetivación no hace desaparecer la ensoñación del analista, sino que simplemente desestabilizar su dirección para hacerla caer de lleno dentro de esta nube que lenta y tenuemente ya se venía perfilando dentro de su horizonte visual.

### EL ABURRIMIENTO COMO UN ESTADO DE DESVELAMIENTO

Como señalaba anteriormente, pienso que cuando el proceso asociativo del analista no logra entrar o permanecer dentro de un espacio referencialmente compartido con el paciente este tiende a seguir desarrollándose por vías que se mueven dentro de un espacio referencial altamente idiosincrático que, aparentemente, lo marginan de la situación de análisis. Pienso que cuando la pretensión del analista de entender la experiencia del paciente desde una posición de empatía, por alguna razón, se frustra, este tiende, después de un rato de intentar infructuosamente satisfacer esta necesidad, a sentirse cogido por un sentimiento de aburrimiento que induce a que su proceso asociativo entre en esta clase de espacio referencial altamente personal para que se mantenga, al menos por un tiempo, dando vueltas dentro de él. Opino que la permanencia en este espacio más que un tipo de disociación provoca un tipo específico de pensamiento asociativo que, según creo, está íntimamente emparentado con el tipo de pensamiento asociativo que un sujeto en la noche tiende naturalmente a desarrollar cuando se encuentra desvelado.

Raúl Ruiz (2005) dice que la mayoría de las personas que se desvelan en la noche "se entregan... a

dos actividades; recordar acontecimientos del pasado y pensar en lo que tienen que hacer al otro día..." (p. 20). Empleando este comentario de Ruiz (2005) planteo que, dentro de la sesión analítica, el ensimismado desvelo del analista que, según yo, se produce cuando él no puede conciliar un sueño meditativo que haga resonancia con la experiencia emocional del paciente, también tiende a entregarse a practicar esta clase de actividades pero inclinándose fundamentalmente a atender pequeños e indefinidos asuntos personales que ligeramente circulan por dentro de su cabeza. En general, creo que el analista, dentro de su práctica, percibe esta actividad como una especie de insípido garrapateo que su proceso asociativo hace dentro de su mente sin finalidad alguna, uno parecido al que un escolar haría al margen de su cuaderno cuando se siente aburrido en clases. En el contexto de la sesión analítica, opino que este garrapateo funciona como una especie de vaporoso sueñecillo en el que el proceso asociativo del analista necesariamente se recluye para ausentarse de la relación durante un lapso de tiempo. Digo necesariamente, porque pienso que estas ausencias actúan como refugios en los que el proceso asociativo del analista necesita detenerse cuando se siente intersubjetivamente fatigado. Dentro de estos refugios este proceso pareciera buscar recogerse para recuperar el poder de resonancia onírica que necesita para conciliar nuevamente un sueño intersubjetivamente meditativo. En este sentido, opino que el aburrimiento, más que un alejamiento, significa un aplazamiento intersubjetivo, una especie de paréntesis en donde el analista inconscientemente, distanciándose de la relación, se enclaustra para intersubjetivamente reconectarse con el paciente desde una oscura dimensión intersubjetiva que indirecta y calladamente parece querer hablar dentro de él<sup>10</sup>. Conforme a esta idea, pienso que este paréntesis asociativo representa una inminencia de otros significados, que si el analista eventualmente advierte, podrá usar para revitalizar su relación asociativa con el paciente integrando dentro de esta una parte intersubjetiva que hasta entonces permanecía indeterminada.

Esta inminencia de otros significados puede advertirse a través de esos eslabones asociativos intersubjetivamente débiles desde donde el proceso asociativo del analista, si bien se desacopla del proceso del paciente

<sup>10</sup> Cabe aquí recordar el concepto de *differance* de J. Derrida, (1989) quien, a través de este, define la diferencia como un diferir, como algo que caminando más rápido siempre va por delante de nosotros sin que podamos nunca identificar completamente su rostro.



para anillarse a otra cadena de contenidos, igual mantiene una mínima conexión con él. Creo que detenerse a examinar esta mínima conexión puede ayudarle al analista a retomar la continuidad intersubjetivamente asociativa que, repentina y aparentemente, siente haber perdido con el paciente. El analista puede eventualmente identificar la presencia de estos eslabones por medio del acto de recapitular o desandar su distraído proceso asociativo hasta al momento en el que recuerda que imprevisiblemente la dirección de su resonancia asociativa se desintersubjetiva. Una vez identificado ese momento asociativo, el analista se podrá preguntar por qué en ese punto específico su cadena asociativa se descarrió. Pienso que generalmente esta pregunta deja al analista enfrentado a un vacío, un vacío que evidencia una ausencia de significados en torno a una parte de la experiencia intersubjetiva que, si bien también forma parte de la relación analítica, no ha sido experimentalmente elaborada. Vuelvo a la sesión.

Al examinar mi propio proceso disociativo me doy cuenta de que el eslabón asociativo intersubjetivamente débil desde donde este proceso nace lo representa, como ya dije anteriormente, el momento en que la paciente empieza a hablar de una situación vivida con una compañera de su trabajo. Después de estar un rato pensando alrededor de este punto, se me viene el recuerdo de que en la sesión anterior estuvimos hablando de una decisión que ella debía tomar en relación con su trabajo actual: si quedarse en él o no. Hace poco tiempo ella había recibido una interesante oferta de trabajo de parte de una de las industrias que compiten con la industria en la que ella estaba trabajando. Mi divagación en torno a mi dilema de aceptar o no la invitación a cambiarme de equipo de *football* conecta, laxamente por semejanza, con parte de esta experiencia relatada por la paciente en la sesión pasada. Se puede decir que mi divagación, partiendo de un relato de la sesión actual (lo sucedido con una compañera de trabajo), se transformó en un puente para, alejándose del aquí-ahora de esta sesión, conectar, por otra vía asociativa, con algo de la sesión pasada. Ahora bien, ¿por qué esta divagación aparece conectando con algo sucedido en una parte de la sesión pasada y no con lo que estaba sucediendo en la actual? En el intertanto, mientras reflexionaba en torno a esta pregunta, se me viene a la memoria un episodio de la sesión pasada, que creo, me ayudó a seguir desarrollando una respuesta. Recuerdo que en esa sesión, el hecho de que empezáramos a meditar sobre su decisión de si cambiarse o no de trabajo movilizó en ella dos tipos de angustia: una de tipo culposo que estaba directamente relacionada con una lealtad que ella sentía hacia su actual jefa y

otra confusa, pero ligeramente más perturbadora, que repentinamente surge a partir de una experiencia que ella recuerda haber vivido cuando asiste a la entrevista de trabajo en la industria que le estaba ofreciendo el cargo. En relación con esta última refiere: “Cuando llego al edificio donde tenía la entrevista llamo al ascensor, tenía que ir al piso quince. Al entrar en este inmediatamente empiezo a sentir angustia y durante todo el trayecto que me tomó llegar al piso quince me mantuve mirando hacia el suelo...”. Esta angustia, según cuenta ella, la provoca la situación de sentirse sola rodeada de espejos. El ascensor estaba cubierto de espejos y no había nadie más en él.

Al reflexionar acerca de mi proceso asociativo que aparece como intersubjetivamente desconectado, es decir, acerca de “mi dilema”, me doy cuenta de que este contiene dentro de sí dos tipos de conexión asociativa que me permiten conectar con la experiencia que la paciente vive en relación, y en torno, a su entrevista de trabajo. Una se vincula a esta por semejanza (la culpa que le da a ella el pensar que tendría que dejar a su jefa) y la otra lo hace por contigüidad (la incómoda sensación de sentirse sola rodeada de espejos). La primera conexión se hace evidente inmediatamente dentro mí, mientras que la segunda tiende, en primera instancia, a quedar fuera de mi campo de observación. Pienso que la conectividad consciente que se produce entre el analista y el paciente a través de estos dos tipos de asociatividad tiende, en general, a desarrollarse siguiendo este mismo orden secuencial, es decir, creo que la asociatividad por semejanza se reconoce más rápidamente que la que se produce por contigüidad. Una relación de semejanza asociativa expresa una experiencia de identidad vivencial entre analista y paciente que facilita, en el primero, el desarrollo de una vivencia de empatía hacia el segundo, mientras que una relación por contigüidad asociativa es solo una relación asociativa débil que puede ayudar a dar cuenta de un vacío en la identidad vivencial que, entre ambos, cohabita sin que haya sido narrativamente colonizado. El contacto con este vacío hace que el contenido asociativo del analista inmediatamente pendule hacia el polo de la disociación asociativa, polo que, en esta situación, debe entenderse como una puerta que sirve para salir de una parte de la relación y entrar en otra, específicamente en una que, levemente, como una órbita paralela, parece haber estado, previa e inadvertidamente, tocando el borde emocional de la relación analítica.

Al seguir reflexionando en torno de esta extraña y perturbadora sensación que la paciente vive al interior del “ascensor”, recuerdo que ella al inicio de la sesión me pregunta “¿de qué estábamos hablando la sesión

pasada?". Esta pregunta, después de recordar la experiencia del ascensor, toma un sentido distinto al que yo inmediatamente le di en el momento en que me fue planteada. Inicialmente entiendo esta pregunta como una consulta superficial e irrelevante que nace de alguien que no tiene nada que decir para iniciar la sesión, pero después, a la luz de mi reflexión, interpreto esta pregunta como una que, más bien, viene de alguien que inconscientemente me invita a revisar "algo" de la sesión anterior que puede habérsenos "pasado de largo". Al pensar esto se me viene a la mente la vaga impresión de que ya, en al menos tres oportunidades anteriores, esta específica angustia había sido ligeramente referida por la paciente. Creo que esta falta de atención de mi parte responde, por un lado, a la poca preocupación que ella muestra cuando se refiere a esta y, por otro, a mi incapacidad para poder, en ese momento, generar un espacio asociativo dentro del cual se pudiese examinar la naturaleza de esta. Opino que estos dos elementos, combinados entre sí, formaron un vacío intersubjetivo asociativamente indeterminado que, disociándose de la concatenada secuencia de asociaciones por semejanza, se instala en paralela contigüidad a nuestra relación.

## LA APLANADA NARRATIVIDAD DEL ABURRIMIENTO

Pienso que estas fugas que presenta el proceso asociativo del analista representan, por antonomasia, al auténtico proceso de la asociación libre, ya que tienen la particularidad de que se desarrollan sin control ni dirección alguna. Esta falta de control y dirección debe entenderse solo desde la perspectiva de la experiencia del yo, ya que si se piensa que más allá del yo inconscientemente intervienen otras voluntades, se podría decir entonces que la dirección de este proceso, al emanciparse del control ejercido por el yo consciente, pasa automáticamente a quedar bajo el mando de una de esas voluntades que, aparentemente, hablan por una boca que se abre a la sombra del yo<sup>11</sup>. Pienso que por esta sombra fluye la borrosa experiencia de "lo otro"; esa alteridad que rodeando la experiencia de lo idéntico y, por tanto, de lo reconocido, levemente altera

la tranquilidad de esta última a través de su necesidad de abrir la experiencia a lo distinto y, por ende, a lo extraño que se produce dentro de una determinada interacción intersubjetiva.

Desde el punto de vista del funcionamiento intrapsíquico del analista pienso que esta sombra se forma a través de los vacíos narrativos que se van produciendo a lo largo de su relación con el paciente. Dado que estos vacíos representan vacíos dentro de su experiencia de reconocimiento, es decir, interrupciones que naturalmente se producen dentro de las posibilidades conectoras que le ofrece su asociatividad por semejanza, planteo que el analista podrá inicialmente acceder a estos a través de una asociatividad que trabaja exclusivamente por contigüidad. Es decir, un tipo de asociatividad cuya conectividad opera siguiendo únicamente una lógica de cercanía en el tiempo y/o en el espacio. El uso de esta clase de asociatividad le permite al analista moverse entre mundos mentales que, desde el punto de vista de la conexión analógica, son independientes entre sí. Esta independencia analógica que se produce entre estos mundos mentales es la que le permite al analista percibir los vacíos que se crean dentro de su razonamiento asociativo. De este modo, digo que las asociaciones por contigüidad, si bien son débiles desde el punto de vista de la lógica de la identidad son fuertes desde el punto de vista de una lógica que se mueve por la diferencia, lógica que debe ser abordada desde la experiencia del extrañamiento más que desde la del reconocimiento. En la viñeta clínica, mi experiencia de lo idéntico se expresa en la culpa que, tanto el paciente como yo, respectivamente sentimos en torno a un dilema personal. La experiencia de lo diferente se expresa en la distancia que se forma entre la angustia que la paciente siente dentro del ascensor cubierto de espejos y mi incapacidad, como analista, para inmediatamente reconocer y entender dicha angustia a través de mi propia producción asociativa. Mi pobreza asociativa en torno de esta específica angustia de la paciente da cuenta de la existencia en mí de un específico vacío, referencialmente intersubjetivo, que incita la apatía, y luego el aburrimiento, que durante el tratamiento experimento en relación a este punto.

P. Oyarzún (2008) señala que el aburrimiento pareciera ser el sentimiento que habla del "grado cero de la experiencia"; es decir, de aquel espacio experiencial en donde aparentemente "no se asiste a nada porque nada se destaca en el transcurso de ese rato..." (p. 17). Este aplanamiento vivencial, característico del aburrimiento, es lo que probablemente hace que en general este sentimiento sea un sentimiento incómodo de sostener que, cuando aparece, inmediatamente se siente

<sup>11</sup> Esta expresión la hago derivar de la expresión "boca de la sombra" que según señala Blanchot (1955, p. 168) utiliza André Breton para referirse a la boca por la cual supuestamente habla la escritura automática, esa clase de escritura que los poetas surrealistas, programáticamente, intentaron desarrollar dentro del mundo narrativo.

la imperiosa necesidad de tener que interrumpir su marcha enmudeciendo, a la vez, el planchado susurro asociativo que habitualmente lo acompaña. Creo que en todo tratamiento psicoanalítico existen momentos en que el analista también tiende a sentir esto mismo, momentos donde se le hace difícil mantener su atención, al menos por un rato, sujeta a examinar el contenido psicológico que pesadamente mana a través de este sentimiento. Por muy flotante que pretenda ser, creo que la atención del analista tiende preferentemente a inclinarse hacia aquellos datos que naturalmente provocan en él cierto impacto estético, ya sea de tipo placentero o displacentero<sup>12</sup>.

Continuando con esto que señala Oyarzún (2008) en relación con el aburrimiento, planteo que los aplastados datos asociativos que fatigosamente se asoman en la conciencia del analista, a través de su vivencia de aburrimiento, hablan de las proto-impresiones, es decir, de las diminutas intensidades afectivas que creo, imperceptiblemente, se mueven dentro del espacio intersubjetivamente vacío que supuestamente se forma entre él y su paciente. Por tanto, creo que si el analista logra, durante su interacción con el paciente, dejarse llevar por un tiempo por el curso de esta vivencia, esta devendrá en extrañamiento, experiencia necesaria para poder escuchar atentamente la balbuceante narración que, entre sí, articulan estas intensidades que, mínima y trabajosamente, vibran dentro de estos vacíos que se forman entre él y el paciente.

Partiendo del trabajo revolucionario que desarrolló Marcel Duchamp (1961) dentro del mundo del arte, planteo que para dejarse llevar por la vivencia del aburrimiento atendiendo al mismo tiempo los elementos que flotan por su pantanosa corriente, el analista debe tratar de desistir de la lógica sensible que, creo, espontáneamente interviene dentro del proceso de selección con que su atención flotante va definiendo lo analíticamente atendible. En otras palabras, planteo que para que esta vivencia pueda devenir en extrañamiento, él debe inicialmente colocar ante esta una actitud de atención más cerebral que sensible, ya que creo que desde una actitud puramente sensible esta no lograría despertar en él el mínimo grado de extrañeza que su atención necesita para poder mantenerse durante un tiempo focalizada en ella. La baja o nula resonancia

asociativa que tienen los datos que se forman a través de esta vivencia hace que sus datos sean asociativos de tipo an-estéticos, es decir, datos que no tienen la suficiente fuerza emocional para producir en el analista la sensación de extrañamiento que él necesita para espontáneamente echar andar su proceso asociativo en torno de ellos. Duchamp (1961), al introducir dentro del terreno de lo estético la categoría de lo an-estético, amplía el campo de lo que tradicionalmente estaba, estéticamente hablando, llamado a ser contemplado. Con esta categoría introduce dentro de la esfera del arte una estética puramente conceptual, una que se desarrolla a partir de la cuidadosa observación de aquello que, dentro del horizonte visual, solo despierta un gusto a nada (en Correa, A. 2014, Correa A., *et al.*, 2014). Él plantea que la experiencia del buen o mal gusto se basa siempre en una repetición de lo conocido, por tanto, lo que carece de gusto podría representar un umbral que se abre hacia lo desconocido, hacia lo extraño, es decir, hacia el lugar donde supuestamente se desarrolla lo "otro".

El valor de lo an-estético, para Duchamp (1961), no está en una negatividad ni en una positividad afectiva, sino que en la nulidad numérica del grado cero, nulidad que no representa para él algo sin efecto, sino, más bien, algo cuyo efecto se encuentra transitoriamente suspendido a la espera de un espacio de exhibición donde pueda ser contemplado y, por ende, experimentado y constituido (en Oyarzún, 2000). Sosteniendo esta idea, digo que lo que aparece anestesiado dentro del espacio asociativo del analista solo mantiene su estesia interrumpida, no para permanecer inhibida, sino para preparar su potencia vivencial. En este sentido, esta interrupción no significa un corte definitivo, sino más bien uno temporal que, generalmente, deja a estos datos tímidamente punzando bajo el umbral de la conciencia analítica aguardando la oportunidad para encumbrarse sobre esta. Planteo que esta oportunidad se puede concretar durante esos momentos en que el analista se siente aburrido, siempre y cuando, este sea capaz de abordar esta experiencia desde una disposición más cerebral que sensible.

Pienso que estos datos asociativos an-estéticos son pequeñas y brumosas diapositivas mentales que vienen de una dimensión evocativa ruinosa que también pareciera existir dentro de la memoria flotante del analista. Califico de ruinosa a aquella parte de la memoria flotante del analista que aparece manifiestamente troceada, no en el sentido de lo que permanece traumáticamente registrado, sino más bien en el sentido de lo que permanece descuidadamente apilado dentro de sus archivos. Cuando esta dimensión se activa en la

<sup>12</sup> En este contexto entiendo el concepto de lo estético en dos sentidos; uno, conforme al sentido griego de *aisthesis*, como lo sensible, y el otro, como una sensibilidad que, rebasando el límite de lo placentero, puede incluir lo displacentero.

experiencia del analista la conciencia de este empieza aleatoriamente a flotar entremedio de los desarticulados pedazos de memorias inconscientes que forman parte de esta. Conforme con la postura cinematográfica de Ruiz (2005), planteo que estos descoloridos pedazos de memoria tienen un valor asociativo por sí mismos. Es decir, estos por sí solos son capaces, en la medida en que se les presta analítica atención, de abrir novedosos conductos narrativos que amplían y diversifican la temática en que tiende a monopolizarse el diálogo reflexivo entre analista y paciente. Usando la terminología de Stolorow y Atwood (1992), digo que estos datos ruinosos forman parte del "inconsciente invalidado" de la relación analítica, es decir, representan aquella parte del material asociativo del analista que no ha sido incorporada dentro de la materialidad que él usa para construir sus interpretaciones acerca de la experiencia intersubjetiva que vive junto al paciente (Correa, A. *et al.*, 2014). Por tanto, pienso que este material asociativo pasa a ser un material sobrante que desordenadamente, como si fuese escombros, se acumula a un costado de la experiencia analítica a la espera de que en algún momento sea llamado a formar parte de esta experiencia. Este llamado puede llegar en ese lapso de tiempo en que la mente del analista, sintiendo que nada se destaca dentro de ella, sale libremente a recibir la desarticulada narrativa que forma este sobrante material asociativo que, levemente, se eleva hacia su conciencia desde la dimensión ruinososa de su memoria. En este sentido, digo que la voz narrativa que emerge a través de este aplanado lapso de tiempo que representa la experiencia del aburrimiento es una voz seca que viene de una zona de la mente del analista que yace erizada, a la espera de una lluvia de asociaciones que le permitan, a su materia, germinar.

## REFERENCIAS

1. Bachelard G. (1960) "La poética de la ensoñación", Ed. Fondo de Cultura Económica, México
2. Bergson H. (1896) "Materia y memoria", Ed. Cactus, Buenos Aires
3. Blanchot M. (1955) "El espacio literario", Ed. Paidós, Buenos Aires
4. Correa A. (2008) "El Jazz; un modelo para examinar la práctica analítica", en Gaceta de Psiquiatría Universitaria, Vol. 4, N° 4
5. Correa A. (2009) "Psicoanalizar: movidas de ajedrez o notas de jazz", en Rev. Chilena de Psicoanálisis, 26 (2)
6. Correa A. (2014) "Trabajando a la sombra del objeto de la conciencia", en Gaceta de Psiquiatría Universitaria, Vol. 10, N° 2
7. Correa A, Muñoz A, Balbontín C. (2014) "Lo disociado una leve vibración en el borde de la experiencia" en Gaceta Psiquiátrica Universitaria, Vol. 10 N° 3
8. Correa A. (2015) "El papel de lo indiciario dentro del método de la atención flotante", en Gaceta de Psiquiatría Universitaria, Vol. 11, N° 1
9. Derrida J. (1989) "*La Différance*", Ed. Cátedra, España
10. Duchamp M. (1961) "A propósito de los *ready mades*", en Ramona, Rev. de Artes Visuales, Buenos Aires
11. Freud S. (1900) "La Interpretación de los sueños", en Obras completas Tomo V, Ed. Amorrortu, Buenos Aires
12. Freud S. (1912) "Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico", en Obras completas, Tomo XII, Ed. Amorrortu, Buenos Aires
13. Freud S. (1913) "Sobre la iniciación del tratamiento", en Obras completas Tomo XII, Ed. Amorrortu, Buenos Aires
14. Heidegger M. (1944) "Aclaraciones a la poesía de Hölderlin", Ed. Alianza, Madrid
15. Kohut H. (1959) "*Introspection, empathy and psychoanalysis*", Journal of the American Psychoanalytic Association, vol. 7, pp. 459-483
16. Oyarzún P. (2000) "Anestésica del ready made", LOM Ediciones, Santiago de Chile
17. Oyarzún P. (2008) "Introducción del narrador", en "El Narrador" de Walter Benjamín, Ed. Metales Pesados, Santiago de Chile
18. Ruiz R. (2005) "Poéticas del Cine", Ediciones Universidad Diego Portales, Santiago de Chile
19. Stolorow R, Atwood G. (1992) "Los contextos del ser: las bases intersubjetivas de la vida psíquica", Ed. Herder, España
20. Vásquez Rocca A. (2008) "Raúl Ruiz la poética del cine y la deconstrucción de la teoría del conflicto central", en Rev. Electrónica UD&P. Diseño Urbano y Paisaje, V N° 14